

Pablo Domingo Núñez Morales
IES Meléndez Valdés (Villafranca de los Barros)
EXTREMADURA



Me desperté en el mismo hospital de siempre, en la misma habitación, en la misma cama... La doctora me trajo el aburrido desayuno que me hacían comer siempre, pero esta vez fue diferente. La bandeja del desayuno traía un pequeño reloj de arena, en su cubierta se podía leer: "La arena se escapaba lentamente".

¿A qué se podía referir? ¿Acaso era una broma? Llamé a la doctora pero ya estaba lejos de mi alcance. Coloqué el reloj en la mesilla donde estaban todas mis pastillas. Me comí el desayuno y cerré los ojos para que otro día aburrido acabara.

Solo pude dormir unas horas, ya que volvía a tener la misma pesadilla de siempre. Miré al reloj y le di la vuelta. Una fina arena roja caía hacia el otro lado del reloj, me pareció aburrido así que volví a dormirme.

Esta vez, desperté en otro lugar. Era mi casa, la casa en la que vivía cuando aún estaba sano y podía andar. Bajé al salón pero no estaban ni mi padre, ni mi madre, ni mi hermana. Pero escuchaba las voces de muchas personas que se encontraban en la plaza de enfrente de mi casa.

Me dolía la cabeza debido al desagradable ruido que emitía la gente. Observé que en el centro de la plaza había un señor que sujetaba un carro lleno de aves de todo tipo, golondrinas, cigüeñas y otras más que no supe reconocer. Al alba todo el mundo se calló, y un bonito canto traspasó mis oídos. Las aves eran las que lo hacían. Estaba maravillado, atónito.... Al anochecer este canto paró y me di cuenta de que un reloj de arena estaba en la escultura del centro de la plaza.

Todo paró, y volví a abrir los ojos. Estaba de vuelta en la cama del hospital y el reloj seguía donde lo dejé. Había revivido el momento más feliz de mi vida, quería volver a verlo, una vez más... Una lágrima rozó mi cara, estaba llorando. Después de media hora, volví a dormir y probablemente esa fue la última que abriría los ojos.

Estaba frente a mi madre, me estaba regañando por un cuatro que había sacado en Matemáticas. Después de este mal momento, salí a la calle, donde caminaba el señor de las aves. Se percató de que le estaba mirando fijamente. Se acercó a mí y acercó su boca a mi oído: "A veces, es mejor vivir en el presente" - me susurró - "El tiempo escapa lentamente".

Quedé algo aturdido por las palabras de este señor. Las aves volvían a cantar, volvía a quedarme dormido y me tumbé en medio de la carretera. Esta vez no me desperté en el hospital, estaba tumbado en la camilla de la ambulancia. Por lo visto, un coche me atropelló mientras estaba dormido en la carretera. Ese canto... era como un veneno, un veneno dulce y acogedor. En una mesa de la ambulancia había un pequeño reloj de arena, entonces recordé las palabras del señor. Cerré los ojos y los abrí. Volvía a estar en la cama de la casa. Salí a la calle y las aves volvían a cantar.

¿Qué estaba pasando? Estaba reviviendo este momento una y otra vez. Volví a ver el reloj de arena. La arena se escapaba lentamente. Quería salir de allí, ya lo entendía todo. Cuando toda la arena haya bajado no habrá vuelta atrás; no volveré al presente. Por un lado no estaba mal, pero por otro... tendría que repetir el día una y otra vez. Esto ya no era divertido. Empecé a llorar otra vez, pensé que era patético, llorar no me iba a ayudar en nada.

Mi madre volvía a regañarme, volví a salir a la calle donde el señor andaba hacia el otro extremo de la calle. Le pedí ayuda, le dije que cómo podía salir de este bucle.

Al principio hizo caso omiso, pero después dijo: "Solo tienes que desearlo". Las aves empezaron a cantar otra vez, pero me tapé los oídos. Era inservible, estaba en la camilla de la ambulancia de nuevo. "Deseo... ¡deseo no volver a despertarme en este lugar! - dije gritando sin conocimiento.

La arena del reloj que estaba en la mesilla estaba a punto de acabarse. Cerré los ojos, y en ese mismo instante escuché el sonido de las aves. Era tan bonito... Desperté en el hospital y no había rastro del reloj de arena. Estaba contento, claro...

No podía quitarme a la orquesta de pájaros de la cabeza, pero al menos, así tenía una razón para vivir. Nunca quería olvidarme de esa melodía. La doctora apareció en la habitación en ese mismo instante. "Hora de tu entrenamiento" - dijo. Me levanté gracias a la ayuda de la doctora, me dejó en la silla de ruedas.

Esta vez... el entrenamiento me lo tomé en serio y trabajé más duro que nunca. Aprendí algo valioso el día en el que cantaban las aves: nunca hay que rendirse y siempre persigue tus sueños, ya que trabajando duro lo conseguirás.

Años más tarde pude andar como una persona civilizada y pude vivir en paz, con el recuerdo del señor con el carro de las aves en mi cabeza.